

Desalojo

Por: Auria Plaza Moreno

—Señor Juez, la casa la hizo mi padre con sus manos, ladrillo por ladrillo. En ella nací yo, nació mi hija y nacieron mis nietos. Murieron mis padres y moriré yo.

—Señora, usted tiene que irse, no es suya. Su padre la construyó invadiendo un predio que tenía dueño.

—Señor Juez, mi padrino siempre ha dicho que don Genaro les dio permiso de hacer las dos casitas.

—Señora, don Genaro ya no existe y sus herederos reclaman lo que por derecho les corresponde. Tiene un mes para desocupar.

—Es mi casa, la de mi padre albañil que me enseñó a tapar goteras, a resanar paredes, a cuidarla, a quererla, y la tengo que dejar...

—Tiene que irse... no es suya... su padre invadió...

Esas palabras machacan mi cabeza día y noche. ¿Cómo entender que mi casa, la que pinto cada dos años, la de las cortinas de crochet, hechas por mí, que hacen juego con el mantel, la de los tiestos de geranios y azaleas en el patio, donde juegan mis dos chiquitos, la tengo que abandonar?

El día, en que se llevaron a mi padrino para un ancianato, fue un circo. Entre funcionarios, policías y curiosos estaba yo, con el corazón destrozado, diciéndole adiós; mis nietos se le agarraban a las piernas llorando, gritando. Los arranqué como pude y me encerré en mi casa.

Antes oí que me dijeron:

—Sólo falta usted.

El golpe del martillo, cuando estaban claveteando las placas de madera en las puertas y ventanas, se multiplicaba en mi piel, en mis huesos.

La casita de él estaba al lado de la mía. Las habían construido los dos compadres, en un terreno de don Genaro, cuando estaban empezando familia. Recuerdo cuando nos contaba que su compadre fue el de la idea y, como llevaban tiempo trabajando con él, los apreciaba mucho; por eso les dijo que podían construir en ese lote de su propiedad. Estaba en las afueras de la ciudad, pero a ellos nos les importaba. Ladrillo a ladrillo las levantaron, una para cada familia. Con el tiempo la ciudad creció y se crearon barrios alrededor, pero las casitas permanecieron. Alejar a mis nietos de sus amigos, de su escuela. Yo no conozco otro mundo que mi barrio. Cuando murió mi hija convertí la sala en una tienda. Vendo ahora de todo para poder quedarme en casa y cuidar a mis pequeños.

A fin de mes llegarán a hacer cumplir la orden de desalojo. Si no he desocupado para entonces, pondrán todas las cosas en la calle y a los niños se los llevará Bienestar Familiar. Así de sencillo... les importa una mierda la familia. La casa se convertirá en escombros, mi vida y la de mis nietos serán destruidas.

Faltan dos días. Ya nos cortaron la luz. Mañana serán el agua y el gas. La casa está ordenada y limpia. Mis angelitos están durmiendo. Me sentaré en la mecedora, donde solía leerles cuentos, a velar su sueño. Ya abrí las llaves del gas.